

## IMAGINARIOS NACIONALISTAS: HISTORIA Y SIGNIFICADOS NACIONALES EN ECUADOR, SIGLOS XIX Y XX\*

Pablo Ospina\*\*

Para entender cómo las unidades administrativas pudieron llegar a ser concebidas a través del tiempo como patrias, no solo en las Américas sino también en otras partes del mundo, debemos examinar las formas en que los organismos administrativos crean un significado.

Benedict Anderson<sup>1</sup>

### LAS PREGUNTAS

El 12 de febrero de 1995 ante las cámaras de televisión un historiador argumentaba, al calor de la guerra con el Perú, los derechos amazónicos del Ecuador. El entrevistado recordaba, en efecto, que 453 años atrás la expedición que "descubriría" el río Amazonas había partido desde Quito. Con documentos a la mano refutaba la pretensión peruana según la cual la expedición habría partido de Cuzco. La gloria quiteña del descubrimiento recaía sobre sus herederos y justificaba derechos históricos nacionales (Jorge Núñez en 1995 argumenta el mismo "título histórico" sobre el Amazonas ecuatoriano).

\* Quien haya leído el sugerente texto *Comunidades Imaginadas* de Benedict Anderson, reconocerá la influencia de sus ideas en los argumentos de este trabajo. Hay, sin embargo, otras influencias menos visibles, en particular, las discusiones con Vivian Gavilán, Ramiro Morejón y los amigos del *Movimiento por la Paz Leonidas Proaño*, Xavier Guachamín, Francisco Enríquez, Julio Chicaiza, Gerardo Obando, Paul Little y Juan Pablo Aguilar; durante los días difíciles y tristes de la guerra con el Perú. Este trabajo se presentó como ponencia al Congreso Ecuatoriano de Historia, 20-24 noviembre de 1995, Quito.

\*\* Taller de Estudios Históricos, TEHIS.

1. Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 85.

Era la repetición de una antigua argumentación ecuatoriana. Queremos preguntarnos en estas líneas cómo pudo forjarse tal convencimiento, profundo y sincero. Por qué motivos un historiador puede olvidar tan flagrantemente las condiciones en las cuales se produjo el suceso que relata. Una expedición de conquista, a nombre y en representación de una corona europea, que "descubrió" accidentes geográficos desconocidos solo para una parte del mundo, que diezmó poblaciones indígenas en la búsqueda de una recompensa dorada; se nacionaliza y se convierte por una prestidigitación dorada; se nacionaliza y se convierte por una prestidigitación de la memoria, en un derecho "ecuatoriano". ¿Por qué razón, en efecto, España no podría reclamar sus derechos sobre toda América o Inglaterra sobre todos los territorios que "descubriera" el capitán Cook? No existe gran diferencia entre la argumentación colonial de hace varios siglos y este título territorial del Ecuador.<sup>2</sup>

### ¿CÓMO PUDO FORJARSE ESA MEMORIA?

Las naciones son invenciones recientes. Durante largos años hemos intentado comprender los motivos por los cuales pudo formarse una nación como la ecuatoriana. Algunos autores han hablado de la casualidad. Muchos han intentado refutarla mostrando la inevitable emergencia de una unidad política y sentimental a partir de las entrañas del hecho colonial. Sus orígenes podrían rastrearse en un pasado indígena: el "Reino de Quito" o los señoríos norandinos. Incluso la unidad ecológica de los andes de páramo (por oposición a los peruanos andes de puna) serían interpretadas como el antecedente ignorado de la nación ecuatoriana.

Así, pues, toda nación se reclama heredera de un pasado inmemorial. Extiende su nacimiento hasta las entrañas de un tiempo difuso, imprecisable y antiguo.<sup>3</sup> Nunca aparece su acta de nacimiento. ¿Por qué? Porque la biografía de una nación es entendida, en la tradición nacionalista, por separado de los estados que la hicieron nacer. De esta manera, el alma nacional no nació con el Ecuador que vería la luz en 1830 sino que extiende sus involuntarias raíces en la bruma del tiempo.

Pero las naciones son creaciones históricas de los estados en una época de expansión del capitalismo. El propio capitalismo surge gracias a las condiciones adelantadas por el Estado Absolutista.<sup>4</sup> La tradición nacionalista intenta desligar ambos procesos: los "estados nacionales" serían recientes mientras que las

2. Los imaginarios nacionales, no solo del Ecuador, están llenos de celebraciones similares, que desafían el contexto histórico. Señalaremos algunas de ellas a lo largo de este trabajo.

3. B. Anderson, *Comunidades Imaginadas*, p. 29.

4. Perry Anderson, *El Estado absolutista*, 2da. ed. en castellano, México, Siglo XXI, 1980.

“naciones” serían de mayor antigüedad. Pero entonces, ¿cuáles son esas “naciones”? La “ecuatorianidad” o la “peruanidad” son entidades que no tienen ningún antecedente en el pasado. El Estado Inca no corresponde con ninguno de los linderos de las actuales naciones. La misma “identidad inca” (si tal cosa existió) sería una producción colonial y republicana porque la amalgama de grupos étnicos sometidos por el estado cuzqueño no llegó a conformar nada parecido a esa unidad afectiva que los nacionalistas llaman “espíritu nacional”. No existe forma alguna históricamente justificable de disociar los “estados” de las “naciones” y entonces nos vemos obligados a reconocer, con Eric Hobsbawn,<sup>5</sup> que las naciones son “una novedad histórica”.<sup>6</sup>

Nos interesa reseñar aquí cómo fue posible dotar de significado a una entidad tan endeble, novedosa y extraña en dos siglos tan conflictivos. Cómo las clases dominantes y los gobernantes pudieron construir sobre ese espacio del que se apropiaron, una voluntad social. Como la sociedad pudo apropiarse de un territorio sin unidad previa. Enfatizaremos en las rupturas sin desconocer algunas continuidades; aunque la supuesta continuidad del espacio quiteño desde el período precolonial hasta el presente es insostenible.<sup>7</sup>

No nos detendremos en causas estructurales: la formación de mercados, la organización de clases sociales nacionales, la centralización administrativa y legal, etc. Se trata de aspectos conocidos e imprescindibles para entender las formaciones nacionales (un esfuerzo al respecto en R. Quintero y E. Sylva).<sup>8</sup> Más bien, nos interesa plantear algunas hipótesis sobre el esfuerzo social para dotar de sentido a aquellas construcciones estructurales. Cómo ese abigarrado manojo de personas tan distintas y distantes, que hablaron y todavía hablan lenguas y culturas ajenas, recortados por diferencias étnicas, sociales y regionales, pueden llamarse “ecuatorianos” y sentirse compatriotas. Cómo pudieron, ofrendar sus vidas a orillas de un río que jamás vieron y al lado de personajes en quienes jamás confiaron.

Nos interesa, en fin de cuentas, ese componente sin el cual no existe una nación: el nacionalismo. Una forma de identidad, autoreconocimiento y

5. Eric Hobsbawn, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1991, ver el capítulo 2.

6. Hobsbawn demuestra, con profusión de ejemplos históricos europeos y mundiales, que el surgimiento de las naciones y los sentimientos nacionalistas no pudo remontarse más allá del siglo XVIII.

7. La traducción del título de la obra “Génesis del Espacio Ecuatoriano” de Jean Paul Deler (1987), expresa bien aquel paso trascendental: del espacio al estado nacional, aunque yo lo modificaría ligeramente para mis propósitos: de los espacios al territorio nacional. Jean Paul Deler, *Ecuador, Del espacio al Estado Nacional*, Biblioteca de Geografía Ecuatoriana 2, Quito, Banco Central del Ecuador, 1987, p. 7.

8. Rafael Quintero y Erika Silva, *Ecuador: Una Nación en Ciernes*, 3 tomos, Quito, FLACSO/ Abya-Yala, 1991.

valoración. Queremos indagar en algunos de los aspectos de la invención del nacionalismo y cómo los historiadores han cumplido un rol importante en la gestación del sentimiento de pertenencia a esa "comunidad imaginada".<sup>9</sup>

## RELIGIÓN, MESTIZOS Y TERRITORIO

El nacionalismo ha tenido, en Ecuador, un origen estatal.<sup>10</sup> A diferencia de los movimientos nacionalistas de otros países de la región, donde han coincidido procesos de incorporación de los sectores populares a la vida política nacional y con la gestación del sentimiento nacionalista (fundamentalmente gracias a los movimientos populistas y nacionalistas,<sup>11</sup> en Ecuador los dos procesos no han coexistido necesariamente.

Los esfuerzos estatales por construir la nación se originan en las matrices coloniales del Ecuador y se estructuraron en diferentes períodos históricos alrededor de ejes diversos. La clave para entender la construcción de una conciencia nacional ha sido la búsqueda de factores de unidad en medio de una nación, desgarrada por una irreductible heterogeneidad social, étnica y regional. Estos ejes han sido, al menos, tres: la religión católica, el mestizaje y la cuestión de límites. Estos elementos han coexistido a lo largo de la vida republicana pero han vivido énfasis sucesivos según los contextos y las luchas políticas. Examinemos en detalle el problema.

Julio Tobar Donoso<sup>12</sup> interpreta la historia nacional desde el punto de vista de la unidad generada a partir de la unidad religiosa del país. La Iglesia es una forjadora de la nacionalidad ecuatoriana: ella ofrece símbolos de devoción, motivos para la comunión, héroes y gestas del pensamiento y el martirio. Gabriel García Moreno es quien mejor expresa ese proyecto estatal-nacional. Su esfuerzo unitario dominará la segunda parte del siglo XIX. Durante el siglo XIX prácticamente nadie puso en duda la unidad religiosa del país. Los conflictos se desataron, más bien, en torno al carácter confesional del Estado y al relevante rol político e ideológico asignado a la Iglesia.<sup>13</sup>

9. B. Anderson, *Comunidades imaginadas...*, pp. 22-25.

10. CAAP, Equipo de Coyuntura, "Más allá de los nacionalismos. El conflicto ecuatoriano peruano", en *Ecuador Debate*, No. 34, Quito, CAAP, 1995.

11. Cfr. DESCO, *América Latina 80: Democracia y Movimiento Popular*, Lima, 1981, sección VI.

12. Julio Tobar Donoso, *La Iglesia modeladora de la nacionalidad*, Quito, La Prensa Católica, 1953.

13. Enrique Ayala Mora, "La relación Iglesia-Estado en el Ecuador del siglo XIX", en *Procesos, Revista Ecuatoriana de Historia*, No. 6, Quito, 1994.

A partir de la irrupción del alfarismo y del evidente quiebre del eje religioso como factor de unidad nacional, el mestizaje aparecerá como uno de los factores más importantes de comunión nacional. Tanto los fundadores del estado ecuatoriano a inicios del siglo XIX como sus más ilustres sucesores, mantuvieron permanentemente una actitud negativa hacia los mestizos. Raza manchada e ilegítima, la herencia rescatada por las elites era española. Juan León Mera hablará de (nosotros), "los españoles de acá" en sus cartas privadas.<sup>14</sup>

Poco a poco, sin embargo, se impondrá una tradición intelectual que rescataba las posiciones de Juan de Velasco y el esfuerzo criollo por distinguirse de la madre patria. El esfuerzo consistió en ennoblecer el pasado indígena de la nación e incorporarlo al patrimonio simbólico de las elites. Durante el progresismo se impuso definitivamente una versión oficial de la historia que recuperaba las "monarquías" y aristocracias indígenas precoloniales y las asociaba al sustrato español presente en la herencia nacional. Los indígenas del pasado, ennoblecidos, ocultaban a los indígenas vivos.<sup>15</sup>

Esta tendencia se modificaría con el alfarismo. Como movimiento social, el alfarismo incorporaría en sus filas un nutrido contingente de campesinos medios de origen costeño. La plebe, sin pretensiones de nobleza de sangre, comenzaría entonces a reclamar su sitio en medio de los valores de la patria. El "indio Alfaro" puede entenderse mejor, en nuestra terminología actual, como el "cholo Alfaro". La exaltación del mestizaje, originada a fines del siglo pasado, vería coronada su gloria con los gobiernos militares de los años sesenta y setenta. Guillermo Rodríguez Lara declararía solemnemente el carácter mestizo de la nación ecuatoriana y decretaría, sobre esa base, que el "problema" indígena ya no existía.<sup>16</sup> Para los años setenta el mestizaje era el "símbolo condensado de la ecuatorianidad".<sup>17</sup> Pero todavía a inicios de siglo un acucioso historiador y pensador como Belisario Quevedo, resentía como propias las dos grandes rupturas de la nacionalidad ecuatoriana: la rémora de los indios y la dislocación regional del espacio común.<sup>18</sup>

La irrupción del movimiento indígena en los ochenta y su significativo cuestionamiento a la ideología del mestizaje, reafirmaría en las elites la curiosa

14. Historiadores, *Historiadores y críticos literarios*, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Puebla, Editorial J. M. Cajica, 1960. Una importante discusión en torno al surgimiento del criollismo y el nacionalismo en condiciones en las cuales las elites americanas no se distinguían ni por lengua ni por cultura de la metrópoli europea, en B. Anderson, op. cit., cap. IV.

15. Blanca Muratorio, "Nación, Identidad y Etnicidad: los indios ecuatorianos y sus imagineros a fines del siglo XIX", en B. Muratorio (ed.), *Imágenes e imagineros. Representaciones de los indígenas ecuatorianos*, Quito, FLACSO, 1994, pp. 129-132.

16. Ronald Stutzman, "El mestizaje: an all-inclusive ideology of exclusion", en N. White (ed.), *Cultural transformations and ethnicity on modern Ecuador*, University of Illinois Press, 1979, p. 45.

17. *Ibid.*, p. 58.

18. Belisario Quevedo, *Historia Patria*, 5ta. ed., Quito, Banco Central del Ecuador, 1982, pp. 205-207.

exaltación de su pasado mestizo, plebeyo y cholo; tal como lo hiciera Edgar Terán Terán, aristócrata, con motivo del levantamiento indígena de 1990. En Sixto Durán Ballén, de noble estirpe quiteña, reclamaba sus orígenes mestizos y los asignaba a toda la nación. Las vicisitudes de la ideología del mestizaje la hicieron transitar, entonces, desde el rechazo, pasando por la nobleza para aceptar finalmente una cierta promiscuidad del origen étnico de la nación.<sup>19</sup>

La guerra de 1941, resentida como una aguda mutilación territorial, cambiará las piezas de la construcción de esa unidad nacional esquiva. El conflicto con el Perú tiene sus orígenes en la época del mismo surgimiento de ambos estados. La larga serie de incidentes y la permanente preocupación que intelectuales y políticos dispensaron al problema, son evidentes para cualquier historiador. Pero es solamente a partir de 1941 que la cuestión territorial adquiere las proporciones de eje constitutivo del sentimiento nacional.<sup>20</sup>

Nótese que la religión católica y el mestizaje no diferencian demasiado a los ecuatorianos del resto de americanos. La misma tradición puede ser invocada por latinoamericanistas transnacionales. La cuestión de límites permitirá estructurar una diferencia con esos "vecinos distantes" que se situaron al sur.<sup>21</sup>

El territorio apareció entonces como eje básico que otorgaba sentido y significado a una existencia común siempre dudosa. La guerra de 1995 ratificará el sentimiento de unidad nacional forjado a lo largo de cinco décadas. Allí, en la profundidad del significado nacional del territorio perdido o reclamado, reside la explicación de la efusión de unidad y entusiasmo nacional desplegado en las horas del conflicto (quiero hacer con esto una crítica a las explicaciones excesivamente coyunturales que intenta dar Simón Espinosa<sup>22</sup> sobre este fenómeno).

Como veremos, la cuestión territorial reordena, a partir de entonces, los símbolos de la historia patria, sus orígenes, sus héroes y su futuro.

## LOS INSTRUMENTOS

Los ejes de unidad no pueden explicar por sí solos la forma cómo ingresaron en ese terreno difícil y esquivo de los sentimientos sociales. Cómo pudieron ser asumidos por quienes debían defenderlos. Postulamos la existencia de, al

19. Este factor de unidad nacional, que pugó por abrirse paso a lo largo de dos siglos, sufre sin embargo, severos cuestionamientos y su futuro está en entredicho.

20. Quintero y E. Sylva, op. cit., t. I, pp. 440-456.

21. CORDES, *Ecuador y Perú. Vecinos distantes*, Seminario organizado por la Corporación de Estudios para el Desarrollo, 7-10 de diciembre de 1992, Quito, CORDES-PNUD, 1993.

22. Simón Espinosa, "Hacia un nuevo Ecuador", en varios autores, *Tiwinza*, Quito, Ed. El Conejo, 1995.

menos, tres grandes instrumentos para la formación de la conciencia nacional: las vías de comunicación, el ejército y la escuela.<sup>23</sup>

Las vías de comunicación debían crear un espacio común que fuera compartido y vivido por esas regiones tan distantes. Promover las peregrinaciones de funcionarios, viajeros y comerciantes. Así se multiplicaban los encuentros con los "compatriotas" de la región vecina; los viajes y sus desventuras compartidas. García Moreno y Alfaro vivirán, cada uno a su manera, la pasión del ferrocarril. García Moreno inició sus trabajos en 1860, un año después de aquella crisis general que casi separó a Guayaquil de Quito, a Loja de Cuenca y a Cuenca del resto del Ecuador. Para 1895, un movimiento liberal fundamentalmente costeño tomaba por asalto las alturas andinas. Era indispensable reafirmar aquella existencia nacional tan frágil y cuestionada.

El ferrocarril fue mucho más un esfuerzo nacional para crear un símbolo en común, que el símbolo nacional de un esfuerzo compartido. Los sectores dirigentes del país buscaron dotar de sentido a aquel espacio que compartían por encima de sus diferencias regionales. Ofrecer un significado a la comunidad nacional que aspiraron a construir durante el siglo XIX.

Ese significado, empero, no derivó solamente de la figura simbólica, sino sobre todo del continuo y creciente tráfico de pasajeros de una región a otra. Viajeros y peregrinos se encontraron cada vez con más frecuencia, recorrieron como suyos los territorios de la región vecina y al vivir un espacio en común, pudieron llegar a sentirlo como "nuestro". Sin que la comunidad nacional dejara de ser del todo esquiva, el ferrocarril contribuyó para que, al fin y al cabo, funcionarios, negociantes y elites regionales intercambiaran sus destinos.

En el ejército se encontrarán no solo los más asiduos peregrinos del país, aquellos que aprenderán a conocer y reconocer los más escondidos rincones de la patria, sino que sus filas se convertirán en un espacio de unificación.<sup>24</sup> Por allí pasarán las generaciones de jóvenes reclutas de todos los rincones del país luego de la profesionalización y formación del ejército moderno en el Ecuador, a inicios del siglo XX. Allí aprenderán castellano, recibirán instrucción cívica, modificarán y unificarán sus costumbres. Aprenderán a sentir el fervor nacional, a respetar y a morir por la patria.

La escuela fue una activa preocupación del Estado sobre todo durante los gobiernos de Rocafuerte y García Moreno. Juan León Mera muestra la evolución creciente del número de alumnos a lo largo del siglo XIX: de 4.328 alumnos en primaria en 1841, se pasará a 53.000 en 1888.<sup>25</sup> A diferencia de las escuelas coloniales, con la república se afirma la voluntad de ofrecer una educación

23. Escapa a las posibilidades de este trabajo hacer un análisis del otro gran instrumento contemporáneo utilizado para estos propósitos: los medios masivos de información.

24. CAAP, "Más allá de los nacionalismos..."

25. *Historiadores y críticos literarios*, op. cit., pp. 272-275.

pública y general. Ya no se trata de formar las elites de caciques o pequeños grupos de intelectuales. Las aristocracias no lo necesitaban pues estudiaban por su cuenta y en el hogar. A partir de 1830 la instrucción pública se convierte en un deber y un esfuerzo destinado a sectores sociales más amplios. Allí se reforzarán los valores del catolicismo, se enseñara el origen nacional en la fusión de dos mundos, el indígena y el español, y se expondrán con vigor las tesis territoriales del país.<sup>26</sup>

Pero en la escuela son los profesores de historia los principales encargados de inculcar los valores cívicos y la versión oficial del origen nacional del país. Allí también se recurrirá a instrumentos de gran importancia: los mapas, las fechas y los símbolos patrios. En fin de cuentas, una forma de crearse un origen y reivindicar un territorio.

## LA HISTORIA SIGNIFICADA

Abordaremos dos aspectos de la construcción de una historia nacional: la apropiación del pasado indígena y la construcción de una imagen del territorio. Ambos aspectos serán analizados en función de los cambios operados en la imaginación nacional a raíz del conflicto limítrofe con el Perú.

## LA NACIONALIZACIÓN DE LOS INDÍGENAS

Los indígenas no han sido del todo olvidados por la imaginación nacionalista. Su precaria incorporación significó relegarlos a un pasado casi siempre brumoso, en todo caso incierto e indiferenciado. Remitir la herencia nacional a una noble estirpe indígena construyendo para la nación una genealogía que replica la de las personas.

A la mitología nacionalista nunca le han importado demasiado las contradicciones históricas. Las tradiciones olvidan los conflictos. Así como el pasado indígena aparece plano y unificado, fijado en la edad de oro que más convenga, así también desaparecen las luchas sociales que configuraron su destino. Benalcázar puede tener su estatua al lado de la figura de Rumiñahui porque la nación se reclama heredera de ambos.

Los héroes ilustres de una encarnizada resistencia anticolonial como Jumandi son exaltados con el mismo fervor patriótico que Orellana, el "descubridor" del gran río "quiteño". No importa, nacieron o lucharon en el mismo suelo y así terminaron hermanados por sus "descendientes" y "herederos".

---

26. Un análisis de los textos usados en la actualidad ver en María Elena Porras, "Nuevas perspectivas sobre la historia territorial del Ecuador y Perú: una crítica de los textos escolares de historia de límites", en *Procesos, Revista ecuatoriana de Historia*, No. 5, 1994.

Esta temprana incorporación de indígenas en el panteón de la patria no debe ocultar las diferentes modalidades y los distintos significados que recubrió a lo largo de dos siglos.

En 1893, el Catálogo General de la Exposición Histórico Americana de Madrid, que conmemoraba el cuarto centenario del descubrimiento de América, clasificaba todos los artefactos precolombios bajo la única categoría de "incásicos". Era el principal pedido de los organizadores ecuatorianos a los donantes de colecciones.

El presentador ecuatoriano de la exposición, Leonidas Pallares Arteta, ex ministro del interior de Antonio Flores Jijón, al mostrar objetos contemporáneos de "razas" del oriente, explicaba que conservaban sus hábitos primitivos y por lo tanto guardaban relación con los incásicos.<sup>27</sup>

Para aquella época, a pesar del significativo esfuerzo arqueológico de Federico González Suárez para distinguir entre las diferentes tradiciones y sociedades indígenas, la elite progresista todavía identificaba, como en una bruma indistinguible, a todos los indígenas del pasado en una sola estirpe digna de consideración. Todos eran iguales, como ciudadanos de una república indígena o sujetos de una monarquía unificadora.

Pero, además, los Incas formaban parte de una tradición que las elites consideraban "suya". Se habían construido una incanidad digna de ser presentada en el panel "ecuatoriano" de Madrid. Los Incas se sentaban con derecho propio en la mesa de la nación ecuatoriana; eran ciudadanos nacionales de una antigüedad tan remota como vigente. Huayna Cápac era naturalizado ecuatoriano en la versión oficial de la historia nacional, redactada por Pedro Carbo, el jefe del partido liberal en el período progresista.<sup>28</sup>

Hasta que la guerra de 1941, momento crucial para los significados nacionales, los desalojó del panteón de la patria. Fueron reinterpretados como "agresores del sur". De pronto fueron peruanizados y su herencia renegada. Se adscribió su voluntad conquistadora y "expansionista" a una tradición arraigada en el suelo del ahora eterno espíritu bélico del país limítrofe.<sup>29</sup> La voluntad agresora de Perú aparecía así de un origen tan antiguo como las existencias

27. B. Muratorio, "Nación, identidad y etnicidad", pp. 126-127.

28. *Ibid.*, p. 128.

29. La más contundente y aplicada de estas reinterpretaciones ha aparecido recientemente, con motivo del último conflicto bélico. Aunque no se remite a la historia del Tahuantinsuyo, Jorge Núñez (1995) hace un largo recuento del espíritu agresor del Perú, nacido de su misma entraña colonial: la voluntad peruana existía ya en el Virreynato peruano, de cuya agresiva dominación buscó escapar Guayaquil durante la independencia. Jorge Núñez, "Aventuras y desventuras del Ecuador amazónico", en varios autores, *Tiwintsa*, Quito, Ed. El Conejo, 1995, p. 83. Núñez olvida los importantes sectores guayaquileños que apoyaban una anexión al Perú. Cfr. Carlos Contreras, *El sector exportador de una economía colonial. La costa del Ecuador 1760-1830*, Quito, Abya-Yala/FLACSO, 1992.

nacionales cuyo espíritu y configuración perciben desde siempre en las huellas de sus ilustres antepasados.

Atahualpa, por su parte, fue quiteñizado y la guerra civil incaica se entendió como una voluntad de independencia del norte ante aquellos afanes irrefrenables provenientes del Cuzco, antecedente de Lima.<sup>30</sup> Es el trauma de 1941 y no la ruptura entre la historia académica y el sistema educativo lo que explica que ante la pérdida de la herencia incaica, la "historia del reino de Quito" haya sido reactualizada y siga vigente hasta el día de hoy en los textos escolares.<sup>31</sup> Ni la sólida tradición historiográfica originada en González Suárez y precedida por el clásico trabajo de Prescott, ni todas las evidencias recolectadas por una generación de historiadores ha podido desplazar las leyendas nacionales de Juan de Velasco en la versión oficial de la historia "ecuatoriana".

La historiografía del siglo XIX había aceptado por lo general la versión de Velasco sin mayores discusiones. Formaba parte de ese paso de una inspiración nacional "ilustrada" fundada en el pacto social, a una inspiración nacional "romántica" fundada en una "quiteñidad" ancestral y gloriosa.<sup>32</sup> Pero en realidad el tema no les resultaba muy interesante a los historiadores de la época. Su preocupación principal era argumentar el acto fundacional ecuatoriano: la independencia. Roberto Andrade es un buen exponente de esta tendencia.<sup>33</sup> Ciertamente otros autores del XIX desconfiaron de las versiones de Juan de Velasco. Un claro ejemplo de ellos es Pedro Moncayo.<sup>34</sup> Pero no se trataba de la tendencia historiográfica principal. Es González Suárez, en Ecuador, quien la desacredita y muy particularmente la obra continuadora de Jacinto Jijón y Caamaño. Autores como Belisario Quevedo, a inicios del presente siglo, prácticamente la descartan.<sup>35</sup> Los libros escolares (de texto) posteriores al 41 recogen textualmente las leyendas de Velasco. Pero también una buena fracción

30. R. Stutzman, "El mestizaje...", pp. 60-61.

31. M. E. Porras, "Nuevas perspectivas...", pp. 19-20.

32. Carlos Paladines, "La conformación del estado-nacional desde la perspectiva del pensamiento ilustrado y romántico ecuatoriano, en *Procesos, Revista ecuatoriana de Historia*, No. 6, Quito, 1994, pp. 72-78.

33. Roberto Andrade, *Historia del Ecuador*, primera parte, vol. 1, 2da. ed., Quito, Corporación Editora Nacional, 1982. Un ejemplo adicional de cómo la guerra de 1941 transformó los imaginarios nacionalistas es el día del ejército. Antes del 41, como todo ejército latinoamericano, el ecuatoriano remitía su origen a las guerras de la independencia. A partir de la guerra perdida, el 27 de febrero de 1829 se transformó en el día fundacional del ejército ecuatoriano. La primera guerra entre estados independientes, cuya batalla fue ganada bajo el mando de un "venezolano" (Antonio José de Sucre) a nombre de la nación "colombiana", y fue perdida por un ejército "peruano" al mando de un dirigente "ecuatoriano" (el Mariscal Lamar). Las paradojas de los significados nacionalistas son fundamentales para entender como la política construye la semántica de la historia.

34. *Historiadores y críticos literarios*, pp. 190-193.

35. B. Quevedo, *Historia patria*, p. 31.

de los historiadores profesionales de "postguerra" la reinterpretan y la adaptan con mayor o menor sofisticación.<sup>36</sup>

En síntesis, una vez perdidos los Incas en el naufragio del origen de la ecuatorianidad por efectos de su obligada peruanización, fue necesario reafirmar un linaje indígena autóctono que evitara el traumático hallazgo de que la nación ecuatoriana tal vez no habría existido desde el inicio de los tiempos. En ese contexto se echó mano a la leyenda de Velasco que había sido repetida durante todo el siglo XIX, pero a la cual los ataques de la historia positivista y de los primeros zarpazos de la arqueología, habían debilitado considerablemente para los años treinta. De esta forma, Juan de Velasco renacería de sus cenizas.

### LOS MAPAS Y LA NACIONALIZACIÓN DEL TERRITORIO

Los mapas y la cartografía han sido y son uno de los puntales en la formación de significados nacionalistas. Una forma de imaginar los dominios deseados; de construir un espacio a la medida del diseño de las aspiraciones nacionales. En las cartas se fijan menos los accidentes físicos que los proyectos de la política y los temores de la imaginación.

La cartografía colonial será un instrumento de apropiación simbólica de un territorio en realidad desconocido.<sup>37</sup> Esa cartografía inicial no buscaría retratar con la fidelidad de la ilustración del siglo XVIII las tierras americanas sino afirmar un gobierno en disputa. Extender sobre una representación gráfica aquello que la administración política no alcanzaba a dar.

¿Es cierto, como dice Laura Rival<sup>38</sup> que la selva amazónica y sus pueblos han sido simbólicamente excluidos de los linderos de la nación? Al menos en un aspecto, no. Existe una incorporación simbólica ante el fracaso de la incorporación política y socioeconómica. Pocos espacios han sido tan reclamados como propios y han despertado tantas aspiraciones. Entre el espacio nacional efectivo y el espacio nacional reclamado media una distancia sensi-

---

36. Gabriel Cevallos García, *Visión teórica del Ecuador*, Biblioteca ecuatoriana mínima, Puebla, Editorial J. M. Cajica, 1960, pp. 70-100; Jorge Salvador Lara, *Escorzos de historia patria*, Quito, Ediciones Quitumbe, 1975, pp. 25-27. Es evidente que esta afirmación de una "recuperación" por parte de los historiadores modernos de las versiones de Juan de Velasco debe matizarse. El desarrollo de la arqueología no ha pasado en vano. Arqueólogos que en todo discrepan como Pedro Porras y Jorge Marcotas, coinciden en descartar la historia del Reino de Quito. Sin embargo, parece sostenible argumentar que la reivindicación del jesuita ha ganado mucho con la guerra de 1941.

37. Carmen Gaviria, "La pequeña historia del catastro. Repartir lo ajeno: la apropiación del suelo en América a partir de 1492", en *Catastro*, No. 12, Unión Iberoamericana Municipalistas, 1992, p. 87.

38. L. Rival, "Los indígenas Huaorani en la conciencia nacional: alteridad representada y significada", en B. Muratorio (ed.), *Imágenes e imagineros*, p. 283.

ble.<sup>39</sup> Ocurre que la apropiación simbólica de la amazonía se ha hecho a costa de vaciarla de sus habitantes históricos, variados y finalmente ajenos.

En ese esfuerzo de nacionalizar los territorios amazónicos, la mapoteca histórica del Ministerio de Relaciones Exteriores del Ecuador dispone de, y ha publicado, los mapas "ecuatorianos" del siglo XVIII que representan y se apropian de la región (Latorre 1988).<sup>40</sup> Significado detalle político: los mapas no reposan en un archivo histórico convencional como la Biblioteca Nacional o el Archivo Nacional de Historia, sino en los dominios de la entidad encargada de defender las aspiraciones territoriales del país. La apropiación simbólica no puede ser más clara ni los objetivos políticos más transparentes.

Pero no solo el conjunto de la cartografía es indicativa genérica de una construcción nacional, sino que su contenido representa diferentes momentos en la imaginación histórica y sobre todo, produce significados, internaliza a través de la imagen visual, una forma de "ver" el país. Confina, delimita, distingue lo propio de lo ajeno.

Los Mapas del siglo XVIII nos ofrecen un admirable contrapunto en un momento inicial de la imaginación nacional. Latorre (1988: 179-84) reproduce dos mapas casi contemporáneos: el de Francisco de Requena, impreso en 1779 y el de Juan de Velasco, confeccionado en 1789.

El concienzudo y eficiente administrador colonial, interesado en promover la creación del Obispado de Mainas (se trata del mismo funcionario que, una vez en Madrid, mentalizaría la fatídica Cédula Real de 1802), representa el "Distrito" de la Audiencia de Quito. No están claramente definidos los límites de la Audiencia. En ciertas zonas aparecen menciones al Virreinato del Perú, a "países desconocidos" y a regiones donde abundan las incursiones portuguesas. Pero estos límites administrativos no son claros en la representación oficial del territorio. Unas líneas a mano alzada no alcanzan a fijar la enorme distancia que separa lo propio de lo ajeno. Al fin y al cabo todo el espacio retratado pertenecía a la corona de España. Salvo los conflictos con Portugal, no se pretendía distinguir territorios de distinta soberanía. Era, finalmente, un mismo territorio cuyo recorte no parecía necesario.

El Mapa del padre Juan de Velasco ofrece un panorama muy diferente. Los límites que nos separan de los "otros" son extremadamente claros. Pero estos "otros" son indistintamente portugueses, granadinos y limeños. La carta del "Quito propio" no se distingue de otros distritos administrativos sino de otros "reinos" y "dominios". Es preciso clarificar la soberanía de ese territorio que la

39. J. P. Deler, *Ecuador*, p. 129.

40. Estos mapas "ecuatorianos" fueron producidos antes de la aparición del Estado y la mayor parte de ellos por "extranjeros" (generalmente europeos). Carlos Manuel Larrea en *Cartografía ecuatoriana de los siglos XVI, XVII y XVIII*, Quito, Corporación de Estudios y Publicaciones, 1977, hizo ya el mismo esfuerzo de sistematización de la cartografía "ecuatoriana" durante la colonia.

conciencia criolla personificada en el ilustre jesuita, ya reclamaba para sí. Los “países bárbaros y poco conocidos” se distinguían de forma similar en Velasco y en Requena. En fin, los criollos quiteños empezaban a representarse como “algo” no solamente distinto a España sino al resto de criollos coloniales. Los límites administrativos, en realidad confusos y ambiguos, se solidificaban en las febriles intenciones autonómicas y se convertían o podían convertirse en los límites de una identidad. Los espacios coloniales ganaron el espíritu de quienes aprendieron a vivir en sus recorridos como funcionarios, misioneros y viajeros.<sup>41</sup> Y se los apropiaron también por correspondencia, gracias a los trazos deslucidos de una reinterpretación de la cartografía preparada en Quito por los académicos de la ilustración europea.

A partir de 1941 se desarrolla una amplia cartografía histórica sobre el Ecuador destinada a demostrar los derechos conculcados. Es evidentemente el Atlas de Juan Morales y Eloy,<sup>42</sup> publicado por el Ministerio de Relaciones Exteriores, el esfuerzo más significativo y el que marcará la tónica de todos los siguientes. Sobre todo, de los textos oficiales de enseñanza primaria y secundaria. Así se afirmará la constante mutilación territorial ecuatoriana, el sentimiento de pérdida permanente, la convicción de haber sido desmembrado por vecinos poderosos e inmisericordes. El pueblo ecuatoriano encuentra así una nueva hermandad que lo unifica: la conciencia del país débil y agredido.

Pero sobre todo, la guerra de 1941, nuevamente, afirma el control político, estatal, sobre la formación de la conciencia nacional. Ninguna carta podrá ser publicada, en adelante, sin autorización expresa del Estado. Un monopolio intelectual, el de la representación simbólica de los límites de la nación. Así se construye el derecho a decir hasta dónde llamamos “nosotros” y hasta dónde van los “otros”. Define nuestros compatriotas y coterráneos y los distingue de los “extranjeros”.<sup>43</sup>

Los resultados parecen concluyentes. Cuando un ecuatoriano cierra sus ojos e imagina su país, los límites que dibuja su mente lo llevan hasta Iquitos. Una proporción ínfima de la población ecuatoriana sabe dónde queda, ha visitado Nuevo Rocafuerte o conoce las características de las lenguas de sus habitantes.

41. B. Anderson, op. cit., pp. 87-89.

42. Juan Morales y Eloy, *Ecuador. Atlas histórico-geográfico Quito. Los orígenes, el Reino. La Audiencia y la Presidencia. La República*, Quito, Ministerio de Relaciones Exteriores, 1942.

43. Aquellos Shuar que en 1995 disparaban contra los Aguarunas peruanos del otro lado de la frontera, compartían costumbres, lenguas, familias e instituciones con sus enemigos. Nada más los unía a los manabitas, por ejemplo, que el sentimiento de comunidad patriótica forjada en las pocas décadas de integración a la sociedad dominante. El caso shuar es, no obstante, mucho más complejo debido a la existencia de una tradición guerrera que históricamente los mantuvo en disputas intraétnicas. Podría argumentarse que la actual guerra simplemente retoma una tradición indígena. Sin embargo, esa misma guerra parece limitar los procesos de organización étnica binacional y parece reforzar la distancia entre nacionales y extranjeros. El caso requiere estudio.

Pocos conocen la historia de fundación y crecimiento de la ciudad a fines del siglo pasado, durante el auge cauchero, desde cuando ha tenido población "peruana". Sin embargo esos "territorios ocupados" pueden imaginarse ecuatorianos. Los mapas nacionales operan una recuperación simbólica de aquella ciudad que nunca conoció.

El logotipo de Ecuador, impreso en estampillas, gráficas e innumerables textos escolares, reproduce la imagen alargada, triangular, de una aspiración de soberanía. No es arbitrario pensar que la absoluta convicción de los derechos amazónicos del Ecuador que tiene la inmensa mayoría de la población, deriva mucho menos de los títulos históricos que se afanan en justificar los historiadores, que de la absoluta y prerreflexiva convicción, inculcada por la representación gráfica del territorio, de que la forma del Ecuador es un triángulo con su vértice en Iquitos. Aunque una línea, la línea punteada que señala los límites impuestos por el Protocolo de Río de Janeiro, divida la aspiración de la realidad, los colores del mapa propio se extienden a través de las líneas divisorias. La sensación nacional de mutilación territorial operada por el Protocolo de Río no puede ser más clara ni la imagen del país más íntimamente anclada en el sentimiento nacional.